



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Las palabras de Jesús, pronunciadas en la intimidad de la última Cena, vienen a ser la fuente de la que brota el júbilo de la Iglesia ante la promesa que nos hace: *“no os dejaré huérfanos”* cfr Jn 11,18. Un compromiso que la Comunidad Cristiana recuerda agradecida a través del tiempo, como así se pide en la oración colecta de esta eucaristía dominical. Ciertamente es una ventana abierta a un mañana empapado de esperanza, puesto que hace que la Asamblea de los fieles nunca se sienta desamparada en la realidad que esté viviendo.

Promesa que se cumple

El Señor no promete, como fruto de su pascua, un sentimiento vago o una emoción reconfortante, sino un παρακλητος (paraklētos). El término griego es traducido ordinariamente por *“consolador”*, pero en el original adquiere un

significado mucho más amplio y profundo. Es una palabra formado del griego «παρά» (para) cerca y «καλεῖν» (kalein) que significa llamar, por lo tanto significa *“alguien que está a tu lado para llamarte, guiarte, ayudarte”*. Nuestras experiencias de vida, por este don del παρακλητος, pueden convertirse en experiencias de una presencia, de su justicia, de su paz, de su misericordia. Y cuando el Espíritu *“toca”* las cuerdas del alma surge *“la música callada, la soledad sonora”*, como bellamente escribirá san Juan de la Cruz, que hace que nuestra vida, ungida por esta presencia, se convierte en canto que sana y santifica puesto que se anuncia con, *“gritos de júbilo, que el Señor ha redi-*



mido a su pueblo”. Así se celebra al inicio de la eucaristía en la antífona de entrada. S. Agustín comentará que *“cuando seguimos a Dios, no hay lugar para las palabras; sólo para los Aleluyas”*; es decir: para el *“júbilo”*.

Promesa que se hace memoria a través del tiempo



El Espíritu Santo es el Maestro interior que nos hace conocer a Cristo. Nos da la inteligencia para comprender sus palabras y sus misterios. Viene a ser su memoria e impide que esta quede reducida a un mero retener y recordar el pasado. Hace posible que se encarne en los sacramentos, como afirma el Papa Francisco en la Lumen Fidei 46, puesto que *“Jesús nos deja la Eucaristía como memoria cotidiana de la Iglesia”* (§ 13).

Renovados para la vida eterna

Precioso fruto que brotó del corazón traspasado de Jesús y que, a través del tiempo, sigue renovando a la Iglesia por medio del don de fortaleza. El Papa Francisco afirmará en su video mensaje a los participantes en el Congreso Eucarístico Nacional de la India del año 2015, que la Eucaristía siempre refuerza a quienes la reciben. Así podrán llevar la esperanza a los que viven en las tinieblas y en la desesperación, puesto que la comunión con Cristo hace florecer la solidaridad con los otros. Es *“la fortaleza del alimento de salvación”* que se pide, como fruto de la comunión, en la oración de postcomunión.



Un salmo para rumiar 65,1b-3a.4-5.6-7a.16.20

**Aclamad al Señor,
tierra entera; tocad en honor
de su nombre,
cantad himnos a su gloria.**

Decid a Dios:

«¡Qué temibles son tus obras!»

**Que se postre ante ti la tierra entera, que to-
quen en tu honor, que toquen para tu nombre.**

**Venid a ver las obras de Dios, sus temibles
proezas en favor de los hombres.**

**Transformó el mar en tierra firme,
a pie atravesaron el río.**

**Alegrémonos con Dios,
que con su poder gobierna eternamente.**

El Salmo de hoy es todo un canto de alabanza y agradecimiento. El salmista, en la profunda alegría que siente y que el Espíritu Santo transforma en melodía, invita a todos los pueblos de la tierra a aclamar e inclinarse ante el Señor.

Casiodoro, escritor, estadista y monje romano, que nació hacia 490 y murió hacia 583 escribirá: *“Todas las naciones se regocijan al ser restauradas en su cabeza. La aclamación es un gozo del corazón tan grande que no se puede expresar”*. Este gozo, que embarga el corazón y que no encuentra palabras que lo pueda expresar, es fruto

de la invitación que se nos hace en el versículo quinto. Dice así: *“Venid a ver la obras de Dios, sus temibles (grandiosas) proezas en favor de los hombres”*.

Venir, rumiar, admirar el sentido que tiene la purificación que Dios ha llevado a cabo en su hijo Jesucristo a fin de devolvernos la vida.

En el antiguo Testamento, a modo de profecía, la purificación que Dios hace se centra en la maravillosa salida de Egipto y en el fin del destierro de Babilonia.



En el nuevo Testamento es la obra realizada por Cristo. En la carta a los Hebreos (3-4) se encuentra este texto que se hace antífona en la liturgia de las Horas de este tiempo de Pascua. Dice así: *“habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas”*.

La glorificación de Jesús es fuente de admiración para todo el pueblo de Dios. Aristóteles afirma que el principio de todo saber es la admiración. La palabra latina *“admiratio”* quiere decir asombro, pero asombro maravillado, sorprendido. Es el quehacer de la Iglesia a través del tiempo y que se prolonga por toda la eternidad. La fuente de este saber admirado, fruto del amor agradecido, podemos encontrarla en la antífona que abre la celebración de la eucaristía del día de pascua: *“He resucitado y aún estoy contigo; me cubres con tu mano; tu sabiduría es sublime, aleluya, aleluya”*.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo VI de Pascua “A”



Un texto para escuchar

**En aquel tiempo
Jesús dijo:**

**-«Si me amáis, guardaréis
mis mandamientos. Yo le**

pediré al Padre que os dé otro defensor, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque vive con vosotros y está con vosotros».